

La Campana de Cubujuquí

AÑO V

HEREDIA, SETIEMBRE DE 1950

No. 51



15 DE SETIEMBRE

Hoy hace ciento veintinueve años, el día memorable del 15 de setiembre de 1821, el Reino de Guatemala, del cual formaba parte la Provincia de Costa Rica, declaró su independencia de España.

La separación se llevó a cabo sin luchas sangrientas, y fue hija de las ideas liberales propagadas por los filósofos europeos que prepararon la Revolución Francesa. Rosseau había dicho: "El hombre ha nacido libre, y por todas partes se le ve encadenado....."

Mientras un pueblo oprimido se ve forzado a obedecer, y obedece, está bien; mas desde el momento que puede sacudir el yugo, y lo sacude, hace mucho mejor".

También dieron impulso trascendente a la independencia, las luchas libertarias entabladas en Méjico y en América del Sur por Hidalgo, Morelos, Bolívar y San Martín.

Los primeros años de vida independiente fueron de grandes vacilaciones. En diciembre de 1821 Costa Rica acordó adherirse al Imperio que el General Iturbide, bajo el nombre de Agustín I, había pro-

clamado en Méjico. Más al otorgar el juramento de fidelidad, se dividieron los costarricenses, pues un gran sector popular quería agregarse al sistema Republicano Federativo de Colombia: he aquí el origen de la primera guerra civil en Costa Rica. Vencieron los republicanos, al mando de don Gregorio José Ramírez, y posteriormente, en 1823, Costa Rica se sumó a la República Federal de Centro América, de la que se separó en 1848, a solicitud de las municipalidades, declarándose República Soberana e Independiente.

Gobernada la nueva República por hombres casi sin excepción alguna, de virtudes republicanas y obedientes de las leyes, y a pesar de algunos cambios violentos del poder,

la paz y la prosperidad han fructificado en nuestro suelo, fundándose así una nación llena de vigor y de ideales.

Al recordar la fecha memorable de nuestra independencia, en momentos en que vemos restablecida la República y su Carta Magna, *La Campana de Cubujuquí* llama a todos los heredianos y les dice que el torbellino que recientemente azotó nuestra patria es un acontecimiento pasajero; que lo permanente es nuestro amor a la patria, a cuya devoción debemos acudir, como al templo, todos los hombres, sin distinciones, vanidades, ni rencores de ninguna índole.

Se lucha, se trabaja, se sufre, se forjan los mejores ideales, por la patria.

Los hombres somos entes pasajeros. La patria es imperecedera. Ella es creación de los hombres, y superior a todos ellos.

A la libertad y a la igualdad la consagraron nuestros antepasados, que velan por ella desde la inmortalidad, y nosotros debemos continuar esa obra imperecedera, y esa tarea debemos cumplirla con honor.

LA CAMPANA DE GUBUJUQUI

PUBLICACIÓN MENSUAL DE LA ASOCIACIÓN ALA

Redacción y Administración:

Lic. Miguel Ángel Sáenz

Ap. 98 - Tel. 29

Prof. Miguel Palomares

Ap. 80

HEREDIA

COSTA RICA, C. A.

*Esta publicación es apolítica
Nuestra labor es y será constructiva
Los artículos de colaboración se publicarán
con la firma de sus autores.
Nos reservamos el derecho a rehusar o
aceptar las colaboraciones no solicitadas.*

DE MI HEREDIA DE ANTAÑO

Los "pioneros" de nuestro foot-ball

Fué en el año 1905? Posiblemente porque recuerdo que iba a cumplir por esa época mis ocho años de edad. Aquel domingo lo esperábamos ansiosos todos los heredianos porque estaba anunciado para ese día un reñido encuentro de futbol, que se iba a celebrar por primera vez con todo el ceremonial de estilo, es decir, uniformados los jugadores y amenizado el acto por la Banda Militar; si el atractivo deporte era nuevo en Costa Rica, a donde lo habían introducido algunos jóvenes trayéndolo de Inglaterra, como Chale White, Eugenio Garrón y Alberto Brenes, (Zapatilla), en Heredia estaba dando los primeros "tases", y ello contribuía, en aquellos tiempos en que de tan pocas diversiones disponía la ciudad, a la llamarada de entusiasmo con que se esperaba el anunciado juego. Los chiquillos nos sabíamos de memoria lo que decían los carteles que empapelaban la población:

"Gran Match de Foot Ball
entre los equipos CLUB SPORT
CRISTÓBAL COLÓN y CLUB SPORT
SANTO DOMINGO DE HEREDIA
a las 9 de la mañana
en la Plaza de Flores.

La Banda Militar amenizará el acto.

*
* *

Antes de referirme a esa fiesta deportiva, que tan grabada tengo en mi memoria, digamos algo de la plaza en que se celebró.

En algunos de mis recuerdos de antaño dije que mi infancia se había desarrollado en los alrededores del Mercado Municipal, y que los alrededores de la ciudad por esos lados, me eran conocidos como las palma de mis manos. Y cómo nó, si fueron el campo de mis correrías y fogosidades de niño!

Me acuerdo perfectamente cuando la Plaza de Flores era un cafetal rodeado de calles de tierra, tan fangosas en invierno que en ellas se pegaban las carretas. Mi impresión de niño era que la ciudad de Heredia llegaba hasta la calle que la separaba de ese cafetal, y que le ponía término el taller del Maestro Pablo Lépiz, cuya vieja mansión como un recuerdo a ese ejemplar herediano, hoy pasada a otros dueños, todavía se conserva

tal cual era en mi niñez en la esquina diagonal a la manzana en que ahora está construido el templo de los Angeles.

Su cercanía con el Mercado había hecho de ese cafetal, una especie de sitio público, adonde el pueblo iba a satisfacer sus necesidades corporales; por eso era lugar mal oliente y no le paraban las cercas. Además se había regado el cuento de que en ese cafetal asustaban, y que no era el primero que había visto en él, aparecer "La Zegua" o "El Cadejos". Por supuesto, esas leyendas eran invención de vagabundos nocheriegos, que aprovechaban también el sitio para amores prohibidos, y las echaban a volar para espantar la policía.

Una finca, con tan graves inconvenientes, no podía atraer mucho la estimación de su dueña la señorita Beatriz Flores, quien deseosa de desprenderse de ella, la ofreció en venta a la Corporación Municipal por el precio de mil setecientos colones, exigiendo solamente al contado \$200.00 y el resto en abonos de \$40.00 mensuales, sin intereses. La Municipalidad que venía pensando en construir una plaza en la ciudad, le pareció el negocio bueno, y se apresuró a dictar en sesión celebrada el 13 de enero de 1904, el siguiente acuerdo:

"Que conocida como es la falta que existe en esta ciudad de una plaza apropiada para diversiones públicas, y siendo la finca de la señorita Flores muy adecuada para tal objeto por estar situada en un lugar céntrico, se resuelva aceptar la proposición de la Sta. Flores bajo las condiciones expresadas; pero si los fondos comunes están escasos para dar los \$200,00 al contado, se le otorgará un documento a 4 meses plazo, sin intereses."

Loados y benditos tiempos aquellos en que se podía adquirir casi la totalidad de una manzana de café situada en el centro de Heredia por la suma de mil setecientos colones, pagándola en mínimos abonos mensuales, y sin intereses!

Por otro acuerdo municipal tomado al mes siguiente, (sesión de 22 de febrero de 1904) la Corporación Municipal autorizó comprar a otro copropietario de la finca, un señor Guerrero, por \$200.00, una casita con un

pequeño solar, pequeña tira de terreno con que se completa la manzana, y de inmediato se procedió a convertir el cafetal en plaza.

Con la alegría de la chiquillería del barrio, que burlando la vigilancia de nuestros padres, allí nos vivíamos viendo arrancar las matas de café, talar los árboles, nivelar el terreno y sembrar zacate, pronto estuvo la plaza terminada, la cual por acuerdo de la Municipalidad de 16 de mayo de 1904, fue declarada abierta y bautizada con el nombre de Plaza de Flores, en recuerdo del Dr. don Juan J. Flores, prominente Benefactor herediano.

Desde el momento a que fue puesta al servicio público la plaza, los muchachos nos apoderamos de ella, haciéndola lugar de ininterrumpidos juegos y de continuo vagabundaje, ratos de solaz que pagábamos muy caro, con jalones de orejas y azotes que sufríamos propinados por nuestros padres, que así nos cobraban el habernos fugado de nuestras casas sin haber terminado las tareas de la Escuela.

Pero bien pronto fuimos desplazados de aquel lugar de nuestras delicias. Unos mocetones llegaron esa tarde con una bola, marcaron casas a uno y otro extremo de la plaza con sacos y sombreros y comenzaron a luchar en un juego extraño para nosotros: llevando la bola a punta pies, corriendo, empujándose, cayendo y parando, trataban de perforar las casas marcadas con los sacos y sombreros.

Al principio todos mirábamos con odio a los invasores de aquel campo que considerábamos como nuestro; pero poco a poco nos fue entusiasmando el raro juego, comenzamos a entenderlo, y fue una nueva diversión nuestra ir todas las tardes a presenciar los enconados combates de "pelota".

Y como la imaginación infantil, hace de los hombres fuertes que admira verdaderos héroes, aquellos mocetones fueron para nosotros, ídolos a quienes ansiábamos imitar.

Yo me sabía sus nombres de memoria, y nunca me sentía tan feliz como cuando podía hacer gala de esa sabiduría.

Cuando algún compañero de escuela que no era de mi patio por residir en otros barrios de la ciudad, llegaba a la plaza, yo, muy echado para atrás

con aires de sabihondo aprovechaba la oportunidad para nombrárselos con todo y sus apodos:

—Mirá! aquél italiano rubio es Vicente Yannarella y le dicen El Macho; aquel otro largucho es Heleodoro Martínez y lo llaman Loño; el que cuida el «gol» es Ricardo Marchena; aquel que corre como un venado es Luis Valerio; aquel bajito achinado es Manuel Solís; el moreno crespo que está empujando ahora al Macho es Elías Quesada y le dicen Tuco; aquel narigón que acaba de patear la bola es Tigra, bueno su verdadero nombre es Ismael Brenes; fijate en aquel chilito que está discutiendo con Tuco, es Rosendo Paniagua y le dicen Gorrita; este que se acerca a nosotros es Guillermo Quesada y le dicen "Mapo" y aquellos que son fuertes como toros son hermanos y se llaman Rafael y Joaquín Campos. . . .

—Caramba! vos sí que sabés exclamaba asombrado mi atento interlocutor.

Y yo, para darme pujos agregaba:

Y si vieras que muchos son amigos míos. . . Los Campos son mis vecinos de enfrente, y el Macho Yannarella es comensal en mi casa. Y recordando lo que había oído referir a mis amigos de mayor edad, para dar mas pruebas de sabiduría a mi ignorante compañero, añadía: Y todavía sé más; esos que juegan han formado un equipo de obreros y le han puesto el nombre de Club Cristóbal Colón.

—Y cómo le dicen a ese juego?

—Pues hombré, 'furgol'!

—Como decís?

—Sonreí ante la extrañeza de mi compañero y le contesté:

—"Furgol"! así como oís, "furgol"! Es que hay que saberlo decir en inglés.

*
**

En esa época las estrictas reglas que hoy hacen del futbol, un juego limpio y caballeroso, o no existían o se ignoraban en Costa Rica, pues los jugadores entraban al campo a ganar a como hubiera lugar. Era un deporte para hombres recios, valientes y audaces. No había que asustarse por una zancadilla que hiciera dar tres vueltas de carnero; los jugadores lucían como galardones en la espinilla los cardenales de los puntapiés, y no era de extrañar que un delantero que iba con la bola, la parara en raya y dando vueltas alrededor de ella la defendiera a empujones con el hombro,

deteniéndose el juego hasta que el vencedor en esa brega sacara el balón de la tremolina. En esas oportunidades era que se lucían los hermanos Campos que eran fuertes como toros.

Los chiquillos aplaudíamos con entusiasmo esas luchas y nuestra exclamación general era: ¡Al Cristóbal Colón no le pega nadie!

*
**

El domingo tan esperado, en que se iban a batir nuestros ídolos con los domingueños, llegó al fin, y desde temprano el público herediano hacía cordón en todos los lados de la plaza.

Una marcha marcial anunció que la Banda Militar bajo la dirección del tambor mayor don José Coto se acercaba.

Los muchachos del Cristóbal Colón entraron a la plaza entre los aplausos del público. Se vió desde el comienzo que quisieron aparecer la mar de guapos, pues para asistir a un baile no hubieran estado mejor. Lucían uniforme compuesto de pantalón negro largo, camisa verde, cuello blanco almidonado y corbata verde; zapatos corrientes muy bien lustrados y bien peinados los cabellos con buena vaselina. Se presentó luego el equipo domingueño con uniforme de pantalón blanco corto y camisa si mal no recuerdo roja; eran todos muy fornidos, algunos descalzos y muchos lucían los flamantes bigotes que eran moda en aquellos tiempos; a uno de ellos oí que le apodaban «chicharrón» y su capitán era Pachico Zamora.

El pito del Juez sonó rompiendo el expectante silencio del público y comenzó el partido. Desde el primer momento notamos que las cosas no iban a resultar como lo esperábamos. Nuestros ídolos del Cristóbal Colón cuidaban más de sus apuestas figuras que de la meta que defendían. No desarrollaron aquél juego de zancadillas y reventones con que nos asombraban en sus prácticas, y los domingueños, a quienes no les importaba ni la apostura de nuestros ídolos ni lo impecable de sus uniformes, agarrando, pateando y reventando, avanzaban huracanadamente hasta meterse con la bola, delarteros, medios y defensas en la meta herediana. Para mayor aflicción de los expectadores, cada vez que perforaban con un «gol» nuestra casa que defendía Ricardo Marchena, irrumpía la Banda Militar con un toque de diana.

Yo me fuí para mi casa desconsolado

lado chorreándome las lágrimas por las mejillas.

*
**

Esa derrota del Cristóbal Colón le sirvió de valiosa experiencia. Sobre ella se asentaron muy lucidos triunfos que después conquistó venciendo al Club Sport Alfonso XIII y a otros equipos capitalinos. Y jamás se le volvió ocurrir presentarse al campo con pantalones largos, cuello duro y corbata verde.

*
**

A la par del Cristóbal Colón se formó otro equipo de futbol integrado por elementos entusiastas de la juventud de la sociedad herediana. Se llamó el Renacimiento, y jugaban en él, Alfredo Cortés, que fué muy famoso guardameta, Oscar Pacheco, Nilo Villalobos, Guillermo Sáenz, Ernesto Gómez, Antonio Rodríguez, Antonio Cordero, Luis Valerio, Joaquín Gutiérrez «zapatilla», Gonzalo Sánchez, Samuel Balmaceda, Gonzalo Chavarría y Gonzalo García. Poco después del juego del Cristóbal Colón con el equipo domingueño jugó El Renacimiento un lucido match con el Club Sport Libertad, capitaneado por el entonces joven y famoso Eduardo Garnier.

Esos dos juegos de futbol que fueron los primeros que presencié en mi vida, los guardo en mi recuerdo con la viveza que tienen las cosas extraordinarias que impresionan en la niñez. Y si los rememoro ahora, a la larga distancia de cuarenta y cinco años, es como justo homenaje a los deportistas que integraron a esos equipos heredianos, algunos fallecidos, otros aún vivos, reconociendo en ellos que fueron los «pioneros» de nuestro deporte local; los que alentaron la primera llama que al correr el tiempo debía convertirse en el resplandor de gloria, con que el prestigio de nuestro actual Club Sport Herediano, que tuvo su simiente en aquéllos equipos, ha iluminado a todo el país.

Nota.—Quien primero trajo una bola de futbol a Heredia, fué un italiano de apellido Benvenuto, que casó en esta ciudad con una hija del Dr. Juan J. Flores; Pedro Oller, Manuel Sáenz Cordero y otros jugadores iban a patearla a la plaza Iglesias, pero nunca formaron equipo organizado.

VÍCTOR MANUEL ELIZONDO

JUSTO RECONOCIMIENTO

En días pasados, con oportunidad de cumplirse el vigésimo aniversario de la fundación del Patronato Nacional de la Infancia, se efectuó en esta ciudad un acto de trascendencia histórica para el futuro; nos referimos al homenaje que las directivas y elementos del personal del Patronato de San José y Heredia, asociados a distinguidas personalidades de la localidad, rindieron al Profesor Don Luis Felipe González F., fundador, mantenedor y denodado defensor de la Institución de protección de la infancia, que tan valio-

sos servicios ha prestado al país en relación con los complejos problemas de la niñez.

Fué halagador y comfortable el espíritu de sinceridad, que en un acto de tal naturaleza se produjo, así como la cordial acogida; y es de notar que, prescindiendo en absoluto del acostumbrado formulismo usado en tales casos, fué la ciudadanía y no el organismo oficial, la que rindió al señor González Flores tan merecido reconocimiento.

La obra realizada por don Luis Felipe en el Patronato, al que ha vivido dedicado con

abnegación durante los veinte años que tiene de fundado, es, por su importancia y valioso contenido, equiparable a la que realiza un buen gobernante en el curso de una administración, si se la fuera a analizar en sus proyecciones sobre la vida nacional.

* * *

La Campana de Cubujuquí se siente orgullosa de tener entre sus colaboradores a tan destacado herediano y asocia la modesta contribución de esta nota, a la merecida distinción de que se le hizo objeto.

RONDA EN EL JARDIN

*Para Carmencita Sáenz S.
en el «Día del Niño»*

*Agitando sus manos de seda,
acaricia la brisa el jardín;
hay perfume de rojos claveles,
hay esencia de blanco jazmín.*

*Han formado los niños su ronda
y se escucha el canto infantil.
¡Cómo lucen coronas de flores
en la fiesta del bello jardín.*

*Sobre el césped los pies sonrosados
van dejando una huella de luz;
los cabellos son bucles dorados,
como aquellos del Niño Jesús.*

*¡Pajaritos de picos traviosos,
con los niños venid a cantar,
que las flores tejieron guirnaldas
con violetas, lirios y azahar!*

*Mariposas de alas doradas,
con los niños venid a danzar,*



*que los pájaros tejen su ronda
y se han puesto coronas de azahar!*

*Llega el Hada de brisas y flores
con su ofrenda de luz y color.
Se ha dormido en sus rizos la noche
y en sus brazos ha nacido el sol.*

*Su varita encantada, en la danza
de los niños, parece una flor,
que da envidia a la blanca magnolia
y hace a las violetas morir de rubor.*

*Bella ronda de picos traviosos,
de alas doradas, claveles y azahar.
La noche se acerca y las estrellitas
se asoman curiosas en la obscuridad.*

*Los niños corrieron detrás de la luna,
callaron los ecos del canto infantil
y sueñan los cisnes sobre la laguna,
que van a las fiestas del bello jardín.*

RAQUEL S. DE ARCE

Seliembre de 1950.

Personas y entidades que enviaron su contribución para sostener «La Campana de Cubujuquí»

Prof. Manuel Arce M.
Srta. Ma. Cristina Arce L.
Sra. Rosa M. de Arce
Sr. Francisco Arias J.
Sr. Gaspar Arias
Sra. Albertina A. de Barrantes
Sr. Juan Rafael Chacón
Sr. Daher Issa El Khoury
Lic. Carlos Elizondo C.
Lic. Víctor Manl. Elizondo M.
Sr. Israel Flores Lobo

durante su quinto año de labor

SEGUNDA LISTA

Sr. Arturo Gómez
Sr. Francisco González B.
Sra. Angelina de Gutiérrez
Sr. Víctor Jara B.
Srta. Ma. del Carmen Quirós
Sr. Graciliano Rodríguez
Sr. Miguel A. Rodríguez
Sr. Tobías Rodríguez

Srtas. Ma. Luisa y Adela Sandoval.

Sr. Abel Sánchez Muñoz
Stas. Mercedes Solís y sobrinas
Sr. Juan Trejos
Sindicato Patronal de Comerciantes Heredianos.

Nota. — Todos los recibos se enviaron por correo. Seguiremos publicando en cada número los nombres de los nuevos contribuyentes.

Muchas Gracias

HIMNO

DEL PATRONATO NACIONAL

DE LA INFANCIA

Letra de José María Zeledón

Música de Julio Mata

Son los niños la flor de la vida,
para que ella produzca buen fruto
es preciso rendirle tributo
de un cultivo paciente y tenaz.

Ellos llevan congénito el signo
del destino que el hombre les diera
con su sangre, y en ellos se espera
un proceso de bien o de mal.

Pero el brazo de amor que se extienda
para darles sostén y ternura
puede hacer que se trueque en dulzura
el más sórdido instinto brutal.

No, no existen los niños malvados,
sólo existen los niños enfermos,
como nadie miró campos yermos
donde ha habido cultivo eficaz.

Batallemos sin tregua por ellos,
que la Patria reclama en sus niños
aire, luz, alimento, cariños,
comprensión, amplitud, libertad.

ARTISTAS NACIONALES

Nació en 1903 en la ciudad de Alajuela, donde cursó sus estudios primarios y secundarios.

No ha salido del país a especializarse en el ramo; todos los conocimientos que tiene son debidos a su propio esfuerzo y dedicación, ya que trabaja y estudia desde su niñez y no pierde ninguna oportunidad para investigar y ampliar sus conocimientos.

Desde hace veinte años es Profesor de Dibujo en el Instituto de Alajuela, donde trabaja con el empeño del verdadero profesor, sin escatimar tiempo ni trabajo. Sus horas libres las emplea

JULIO SOLERA

dibujando y pintando en su taller, donde se pueden admirar magníficos y variados trabajos, en los que traduce su amor por la naturaleza a la que trata de imitar con toda la fidelidad que le es posible. Da colores vivos, alegres. Trata el paisaje con bastante maestría.

En el año de 1947, realizó una exposición de su labor en el Teatro Nacional, conquistando éxito, con pinturas del natural o producto de su fantasía.

Tiene afición especial por el paisaje y califica como el mejor paisajista costarricense a Fausto Pacheco

VIRGITA OROZCO y ALICIA MONTERO

III Año,
Escuela Normal de Costa Rica.

Nota: Trabajos escritos por alumnos de la Escuela Normal de Costa Rica, bajo la dirección de su Profesor de Dibujo, don José Manuel Lépiz, para la confección de un folleto sobre *Arte y Artistas Nacionales*.

Límites entre Heredia y Alajuela

Heredia, 23 de agosto de 1950.

Señor don Miguel Palomares

Heredia

Apartado 80.—

Estimado don Miguel:

Me es grato dirigirme a usted para acusar recibo del folleto "Límites entre Heredia y Alajuela", publicación de la "Campana de Cubujuquí", que

fuera enviada a la Escuela de Pedagogía.

Encuentro en él un detallado estudio histórico de la provincia, que no sólo servirá para despertar el interés de los vecinos hacia un punto de tanta importancia como es la demarcación de límites, sino que ofrece una serie de agradables y significantes hechos que permitirán al maestro guiar a sus alumnos, con más amenidad,

en el conocimiento de la historia de la provincia.

Espero que este cuidadoso trabajo sea recibido con espíritu de estudio por todas las personas a quienes fué enviado y llene así el cometido que ustedes desean.

Muy agradecida,

Miryam Alvarez Brenes

Bibliotecaria Escuela de Pedagogía

Breve historia del Dr. Samuel Hahnemann, Fundador

Continúa

Algún tiempo después un favor inesperado le llamó a Hermannstadt. El Gobernador de Transilvania le ofreció en ésta ciudad, a la vez, una plaza de bibliotecario y de médico privado. Hahnemann sacó provecho de su nueva posición para cultivar su inteligencia y formar numerosas relaciones, obteniendo pronto una gran clientela. En 1779 partió de Hermannstadt y fué a Erlangen, en donde presentó y sostuvo su tesis inaugural bajo el título de «*Conspectus Affectuum Espasmodicorum Etiologicus et Therapeuticus*», y fué recibido doctor el diez de agosto de aquel mismo año.

Aquí comienza para el joven doctor un nuevo período de sus emigraciones. Permaneció en Hermannstadt y en Dessau, consagrado casi exclusi-

de la Homeopatía

Par José Joaquín Guzmán L.

vamente a la Química. Posteriormente estuvo recorriendo varias comarcas abligado por las circunstancias. Haría ya unos dieciséis años que Hahnemann hacía estas peregrinaciones cuando en 1782 se estableció en Gommern, cerca de Magdeburgo, en donde se casó al poco tiempo con Enriqueta Kucler, hija de un farmacéutico de la ciudad. En 1785 vino a Dresde, lugar en que halló a numerosos amigos, formó una brillante clientela y logró el afecto del Dr. Wagner, primer médico de la ciudad, y a quien sustituyó luego como médico en jefe de los hospitales. Se relacionó con médicos de gran fama, tales como Adelung, consejero aulico, Dassdorf y el ya citado

Wagner, compartiendo también la amistad con otros prestigiosos hombres de ciencia como Lavoisier, Blumenbach y Hufeland.

En está época publicó una docena de opúsculos, en los que se notan sus grandes conocimientos en Química, Física y en Historia Natural. Entonces fué cuando, en sus experimentos químicos, descubrió los nuevos medios para comprobar las falsificaciones de los vinos, lo mismo que los envenenamientos causados por el arsénico. Por ese tiempo descubrió también su precipitado mercurial, que tanto la Alopátia como la Homeopatía emplean bajo el nombre «mercurio soluble de Hahnemann».

Llamado en 1791 por la Sociedad Económica de Leipzig y por la Academia de Ciencias de Maguncia, volvió a la primera de estas ciudades, en la

cual había hecho sus primeros estudios serios. Tampoco entonces poseía gran fortuna, aunque sí una reputación inmensa y muy buenas amistades. Y cuando todo parecía sonreírle al fin, ya que como médico había dado a la sociedad las garantías de su saber y de su experiencia, cuando todo hacía presagiarle un feliz porvenir, llegó Hahnemann muy prematuramente al escepticismo terapéutico a que llegan todos los alópatas de larga práctica, y con una honradez que ni aún los suyos supieron apreciar, al encontrarse desarmado en terapéutica frente a las enfermedades abandonó el ejercicio de la medicina, es decir, su vasta clientela, y con ella los médicos, su mujer y sus hijos.

La vida de Hahnemann presenta dos fases distintas. En la primera se reconoce al talento luchando con los obstáculos para lograr una envidiable posición científica, hasta que se desvanecen sus ilusiones humanitarias. En la segunda fase se ve al médico concienzudo, luchando con sus escrú-

pulos de hombre de bien y de elevados sentimientos, emprender un nuevo rumbo científico después de largos años de abnegación y constancia, y, en medio de nuevas tribulaciones, llevar a cabouna Reforma Médica que le ha validola gloria y la inmortalidad.

II

Es admirable la integridad moral de Hahnemann, pues desde el punto en que se dió cuenta de que el «arte de curar» era una cosa vana en sus promesas y estéril en sus resultados, desde el momento en que no cree ya en la Medicina, su conciencia se indigna ante la idea de continuar unido a una profesión que prometía un bien que no daba jamás. Para un hombre del temperamento completo de Hahnemann no cabía más solución que la que tomó, dedicándose desde entonces a la vida mezquina que podía esperarse de la traducción de libros de medicina y de los estudios de la química. Desde el día en que tomó tal resolución la felicidad le abandona y

los disgustos íntimos, la miseria y la pobreza no tardaron en llamar a su puerta. Había tenido varios hijos de Enriqueta Kuckler, que no comprendiendo sus escrúpulos, le atormentó con sus quejas y reconvenciones ante el vivir incierto y las privaciones que a ella y a sus hijos les proporcionaba su nuevo trabajo. Y con una paciencia a toda prueba buscó en el trabajo y en el estudio los únicos consuelos que entonces podía ambicionar.

Más luego graves enfermedades atacaron a sus hijos y entonces sus dudas y sus escrúpulos llegaron al colmo: el padre temblaba por la vida de los suyos y como médico no tenía ninguna confianza en los recursos de la medicina. Ocho años de práctica ejercida con toda conciencia le habían hecho conocer la ineficacia de los métodos curativos y de lo que cabía esperar de los preceptos de los más grandes Maestros? Cruel incertidumbre. Será posible —se decía Hahnemann—, que la Providencia haya abandonado al hombre sin socorros ciertos con que combatir el gran número de enfermedades que le acechan de continuo?

Hahnemann no abandonó nunca la idea de que debía existir un medio de curar las enfermedades con certeza; más, por qué —se decía a sí mismo—, este medio no ha sido hallado después de veinte siglos que existen hombres que se llaman médicos? Quizás porque estaba demasiado cerca de nosotros y era demasiado fácil, porque no se necesitaban para llegar a él brillantes sofismas ni seductoras hipótesis? Bien? Yo buscaré muy cerca de mí donde debe estar este medio en el que nadie ha pensado, porque era demasiado sencillo . . . He aquí —añade—, de qué modo entré en este camino. Tu debes pensar yo, observar el modo como los medicamentos obran sobre el cuerpo del hombre cuando se encuentra en el tranquilo estado de salud. Los cambios que determinan entonces no son en vano, y deben ciertamente significar alguna cosa. Porque sin esto, para qué se verificarían? Quizás es esta la única lengua en que pueden expresar al observador el objeto de su existencia. Este pensamiento, a la vez sencillo y profundo, germinaba en la cabeza de Hahnemann, cuando un día (en 1790), traduciendo del inglés al alemán LA MATERIA MÉDICA, de Cullen, en el artículo sobre la quina le chocaron las hipótesis multiplicadas y contradictorias por las

Movimiento de fondos de la cuenta “La Campana de Cubujuquí”

Ingresos:

Saldo al haber, del año anterior	₡ 2445 15
Ingresos por contribuciones mensuales de octubre de 1949 a mayo de 1950.....	612 50
Ingresos por contribuciones ocasionales.....	415 00
Cuotas del Sindicato Patronal de Comerciantes (diciembre de 1949 a junio de 1950).....	350 00
Subvención municipal (diciembre de 1949).....	100 00
Contribución municipal para la publicación del folleto sobre «Límites de Heredia».....	596 50
Total de Ingresos.....	₡ 4519 15

Egresos:

Comisiones de cobro de contribuciones mensuales... ₡	62 25
Publicación de los números de «La Campana de Cubujuquí» (enero a agosto).....	1281 00
Publicación del folleto sobre «Límites de Heredia» .	1140 00
Total de Egresos..... ₡	2483 25
Saldo al haber a la fecha..... ₡	2035 90
TOTAL..... ₡	4519 15

Heredia, 20 de agosto de 1950.

SAMUEL SÁENZ
Tesorero de Ala

que se había intentado explicar su acción. Resolvió estudiar por sí mismo las propiedades de un agente tan precioso para la curación de un gran número de enfermedades. A este efecto, durante muchos días se administró un preparado de la corteza de la quina. Su constitución era perfecta, su fisiologismo normal, y por tanto los trastornos que manifestara tenían que deberse tan sólo al medicamento. Un día estalla un verdadero acceso de fiebre, pronto sintió los síntomas de un estado febril intermitente, análogo al que la quina cura: primero es el frío, después el calor, luego el sudor; en una palabra, los tres estados de un acceso de fiebre se manifestaron claramente.

A este hecho Hahnemann se encuentra perplejo, y temiendo ser objeto de una ilusión se apresura a comunicar su observación a los colegas. Unos le tratan de visionario; otros están seguros de que se engaña, atribuyendo a la quina una fiebre debida, sin duda a otra causa. Qué hacer ante estas dudas? Pues lo hizo Hahnemann: REPETIR LA EXPERIENCIA. Y obtuvo el mismo resultado. La repite algunas veces más, en personas adictas y en las mejores condiciones, y... siempre el mismo resultado. Estas experiencias no permitían ya dudar que la QUINA ES CAPAZ DE PRODUCIR EN EL HOMBRE SANO trastornos artificiales, es decir, UNA ENFERMEDAD MEDICAMEN-

TOSA MUY SEMEJANTE A LAS FIEBRES INTERMITENTES.

Por otra parte, es sabido que la quina cura también las fiebres intermitentes. He aquí un hecho claro, seguro, verdadero: la quina cura las fiebres intermitentes precisamente porque tiene el poder de producir trastornos análogos en el hombre sano.

No obstante, para pasar de un hecho particular a la generalización de un principio, hay todavía un abismo. El impulso estaba dado, y llegado a este punto ningún hombre permanecería bajo el peso de la incertidumbre. Así, pues, Hahnemann experimentó sucesivamente el mercurio, la belladona, la digital, la coca de levante y siempre obtuvo la sola y misma respuesta. Ya no hay duda, se ha encontrado una Ley Terapéutica: SIMILIA SIMILIBUS CURANTUS. Es decir, las sustancias medicinales son capaces de curar los mismos síntomas, los mismos trastornos que son capaces de producir en el organismo sano. En 1796, convencido de la importancia de su descubrimiento, publicó en el periódico que redactaba el eminente Doctor Hufeland una Memoria que tituló: Ensayo sobre un nuevo método de experimentar la virtud de los medicamentos, y consideraciones sobre los ya conocidos.

Después de haber interrogado a la experimentación en el hombre sano

debía interrogar Hahneman a la experiencia en el hombre enfermo, y esto fue lo que hizo: aplicó a los niños y a otras personas la teoría de los semejantes y tuvo la fortuna de curarlos. Desde este momento Hahnemann no abandonó a la experimentación pura para ir al descubrimiento de su nueva concepción de la Ciencia Médica. En Georgenthal aplicó por primera vez la Homeopatía. Fue en un hospital de enagenados, fundado por el Duque Ernesto Gotha, donde obtuvo los primeros éxitos que ocuparon la atención pública. Había en este Hospital un literato llamado Klokenbring, que había perdido la razón. El médico del Hospital no pudo curarle, y todos los esfuerzos de prestigiosos alópatas habían sido impotentes para devolver el equilibrio a esa hermosa inteligencia. Hahnemann dirigió su tratamiento sobre la causa que había producido esta enfermedad, y que no era sino una epigrama de Kotzebue que le había herido en su amor propio, obteniendo un triunfo completo. Los periódicos elogiaron con este sentido el saber de Hahnemann, y muchos médicos, creyéndose humillados con las alabanzas que le fueron prodigadas por un éxito tan resonado, en vez de irle a preguntar por qué medios había conseguido este feliz resultado, le declararon desde luego una guerra sin cuartel, desleal e iracunda.

POESIA CHINA

LI PO

Los gobernantes de la dinastía Thang (618-907 A. J.) dieron gran impulso al arte literario en la China, fueron grandes Mecenas de la poesía, y algunos de ellos cultivaron personalmente el arte. Alumbrado por el resplandor de esa dinastía, floreció el poeta LI PO (701-762 A. J.) a quien puede considerarse como el Anacreonte chino. Cantó el vino, la belleza de las mujeres y la alegría de la vida; quizá abusó de un realismo sensual en su arte, pero lo cierto es, que de los bardos del Celeste Imperio, pocos como él, cantaron a la Naturaleza y a lo hermoso de la existencia, con tanto romanticismo, con tanta sensibilidad, con tal fuerza de expresión de la belleza. Como ejemplo de su exquisita poesía, recogemos de la importante revista "China", para brindar a nuestros lectores, el siguiente bello poema, que ha vertido al castellano, en forma magistral el poeta Héctor Brizio:

FIESTA

En la humilde fiesta con que me solazo
aunque vaya solo somos siempre tres
contando a la luna si brilla en el cielo
y a mi sombra, que entonces viene también.

Un frasco de vino bajo el brazo llevo
y a orilla del lago vamos a beber.

(Por suerte mi amiga la luna es abstemia
y mi sombra, ¡qué tonta! jamás tiene sed).
Con el rubio vino la alegría es fácil;
no hay pena que venga a enturbiar mi placer.

Si canto, la luna me escucha sonriente;
si bailo, mi sombra remeda el vaivén.

Y cuando con la última gota de vino
volvemos a casa juntitos los tres,
la Luna me sigue guiñándome un ojo,
mi sombra, ¡qué torpe! se enreda en mis pies.